ZONA LIBRE

Cuando despierte el viento

María Fernanda Heredia

Cuando despierte el viento

María Fernanda Heredia

ZONA LIBRE

Cuando despierte el viento

María Fernanda Heredia

Norma

mx.edicionesnorma.com

Cuando despierte el viento
D.R. © Texto María Fernanda Heredia, 2018
D.R. © Edición Educactiva S. A. C., 2018, Colombia.

D.R. © 2018, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V. a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Edición: Jéssica Rodríguez
Revisión de estilo: David Abanto
Diseño de portada y diagramación: Sandra Trujillo
Fotografía de portada: Getty Image

Primera impresión México: enero 2019
Primera reimpresión: abril 2020

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61087191
ISBN: 978-607-13-0812-2

A Hinde

I

Aquella mañana, las palabras que con frecuencia servían para definirla: rara, solitaria, obstinada… parecieron diluirse en la memoria de los demás como si nunca hubiesen existido. En cuestión de minutos, fueron reemplazadas por cuatro palabras lo suficientemente rotundas como para no dejar espacio a ninguna más:

Josefina es una salvaje.

Era la hora de la salida y todos caminaban hacia los autobuses para volver a casa. En un pequeño patio junto a la portería estaba Oso, el cachorro que tres meses atrás había sido abandonado en la puerta del colegio y que, por fuerza y entusiasmo natural, se había convertido en el consentido de todos. Hacía frío, lloviznaba y quizá por eso al hijo de la portera se le había ocurrido vestir a su mascota con una camiseta, la de su equipo favorito, el que estaba disputando el primer

lugar en la liga nacional. Al pasar por ahí, Josefina vio a un grupo de chicos que rodeaba a Oso y escuchó una discusión. Se acercó justo en el momento en que uno de ellos le daba un puntapié al cachorro mientras el hijo de la portera sollozaba y le pedía que no le hiciera daño. «¡Entonces no vuelvas a ponerle la camiseta de ese equipo de porquería!», le respondió el grandulón con actitud déspota.

Josefina corrió, se enfrentó al agresor y le gritó que no volviera a acercarse ni al niño ni al cachorro.

—¡No te metas en donde no te han llamado si no quieres que...!

—¡Que qué! ¿A mí también me vas a golpear? ¡No me asustas! —le contestó Josefina tratando de disimular que estaba asustada.

—¡No me provoques, puedo olvidarme que eres una chica estúpida y darte tu merecido!

—¡Atrévete, cobarde!

Josefina, a sus dieciséis años, era alta y delgada, pero tenía brazos fuertes. Miró a su oponente y aunque sentía el corazón acelerado por los nervios, supo que el miedo era un lujo que no se podía permitir en ese momento.

Algunos estudiantes percibieron la bronca que se avecinaba y se acercaron curiosos a ver cómo terminaba el espectáculo. El muchacho, turbado ante una Josefina desafiante que amenazaba con hacerle quedar en ridículo, la miró con atención y pareció reconocerla.

—Pero miren nada más quién es la salvadora del perro mugroso, ¿vienes a dártelas de digna, tú? ¿Acaso no eres la hermana de esa tipa? ¿La que se metió en un escándalo con varios hombres hace años?

Josefina sintió que perdía el equilibrio.

—¡Cállate! ¡Cierra la boca! ¡No te permito que...!

—No necesito que me permitas nada, sé quién eres, mi primo conocía bien a tu hermana… demasiado bien diría yo, de seguro eres igual de resbalosa que esa zorra.

Josefina no pensó. Josefina no alcanzó a calibrar las consecuencias. Josefina sintió por primera vez que podía caerle a golpes a ese dolor, a ese monstruo que la había atormentado en silencio durante años. El rostro de aquel chico se convirtió como por arte de magia en el rostro de su pesadilla. No permitiría que nadie hablara así de Analuisa y por eso se abalanzó con todas sus fuerzas, logró tumbar al muchacho, se sentó encima de él y comenzó a darle un puñetazo tras otro desbordada de dolor e indignación. «¡Nunca más!», le gritó y con las palabras entrecortadas mientras lo seguía golpeando añadió: «¡Nun-ca más, vuel-vas a ha-blar así de ella!».

Ya ni siquiera escuchaba las voces y los gritos a su alrededor de los que animaban morbosos el espectáculo y de los que le pedían detenerse. Fueron necesarias dos personas y un esfuerzo físico inusual para lograr sujetarla y levantarla. Josefina parecía una máquina cuyos brazos mecánicos no querían frenar la paliza.

Consiguieron apartarla y solo entonces ella se dio cuenta de lo que había hecho: el muchacho tenía la nariz rota, el labio partido, una hemorragia que no cesaba y un hematoma oscuro que le cerraba el ojo derecho.

Una persona apuntaba hacia ella con su teléfono móvil… La morbosa afición a registrarlo todo: desde una hamburguesa con papas fritas hasta una pelea sangrienta en la escuela.

Uno de los maestros que había intervenido para separarlos se quedó con el joven que seguía sangrando en el piso, mientras que la otra maestra acompañó a Josefina a la calle, para que tomara un taxi.

—¡Pero qué has hecho! ¡Qué barbaridad, niña! ¡Tú no eres así, por Dios!

—¡Él me provocó! ¡Es un miserable!

La profesora abrió la puerta del taxi, pagó por adelantado al conductor y visiblemente preocupada le dijo:

—Vete a tu casa, mañana ya se verá…

Al día siguiente fue expulsada sin posibilidad de que su caso fuera revisado. Con tal de librarse de ella y ante el riesgo de que el colegio fuese demandado ante los tribunales por parte de los padres del muchacho herido, se le avisó al padre de Josefina que le entregarían los documentos de su hija con el pase de año certificado y ninguna referencia al acto violento que ella había protagonizado.

—No queremos perjudicarla en su búsqueda de otro colegio, pero tampoco queremos que regrese, ¡que se

vaya hoy mismo! —dijo el director, pese a que faltaban dos meses para que terminara el año escolar—. Necesitamos que nos deje un cheque en garantía por los gastos médicos. Hemos hablado con los padres del muchacho. Estamos tratando de tranquilizarlos, pero no está siendo nada fácil. Han mencionado una cirugía de nariz, siete puntos en el labio, un diente que habrá que reponer y están exigiendo rehabilitación física y psicológica. ¡Agradezca que no hayan llamado a la policía! ¡Ha sido terrible!

—Lo lamento, lo lamento tanto —decía el padre de Josefina avergonzado en un tono casi inaudible y con las manos temblorosas—. No sé cómo ha podido pasar esto, de seguro hay una explicación.

—¡Nada explica ni justifica esta violencia salvaje, señor Abelán, nada!

—Sí, perdone, quise decir que mi hija tendrá algo que decir.

El director hizo un gesto para dar por terminada la reunión y mencionó las instrucciones finales:

—Si necesita algún documento más, avísenos por correo electrónico y se lo haremos llegar a su domicilio. No es necesario que regresen más.

Antes de salir, el padre de Josefina firmó un cheque con más cifras de las que tenía en su cuenta y la secretaria los acompañó hasta la puerta para asegurarse de que se marcharan.

Ningún maestro, ninguna amiga, ningún compañero apareció.

Los ojos de su padre estaban vencidos por la decepción y la vergüenza. No podía entender cómo su hija se había envuelto en un incidente de ese calibre. Cuando le pidió explicaciones de lo que había ocurrido, Josefina decidió ocultarle lo que ese tonto le había dicho sobre su hermana. No habría podido decírselo, estaba segura de que su padre se habría venido abajo.

—Fue por una tontería, papá, me provocó y yo respondí.

El padre meneó la cabeza.

—¡Le desviaste el tabique, le arrancaste un diente de un codazo! No entiendo, no entiendo, ¡cómo has podido llegar a esto! Y ahora las cuentas por pagar… un nuevo colegio… Justo cuando todo está tan difícil.

—Lo siento —dijo ella y no mentía.

Aunque no estaba arrepentida de la paliza, sí lamentaba el dolor y preocupación que les ocasionaba a sus padres. Habían pasado por tantas cosas y ahora ella venía con esto.

El padre levantó los hombros, se acomodó los pocos cabellos que le quedaban y le dijo:

—Vamos a casa, a ver cómo se lo decimos a tu madre.

Al cruzar por la portería, Oso ladró y movió la cola. Josefina se acercó, le acarició las orejas y le dijo: «¡No te dejes, ¿eh?! La próxima vez muestra tus colmillos y no te dejes. Si no aprendes a defenderte solo, te seguirán lastimando por siempre».

II

La relación de Leo con su padre estaba fracturada, como si un terremoto hubiera removido irremediablemente sus estructuras. Durante años, Leo se había debatido en una duda, rellenar las grietas o esperar lo inevitable: que todo se desplomara.

Desde niño, siempre supo lo que pasaba en la habitación de sus padres. El orden era siempre el mismo: primero los gritos, después los golpes, un portazo y después silencio. Un silencio que lo invadía y llenaba de angustia porque no sabía si su madre estaba bien, si estaba viva, si habría sabido esquivar, si habría logrado defenderse.

Norberto, el padre, era un hombre que disfrazaba sus complejos y sus fracasos con soberbia.

Durante años se había ensañado con Beatriz que, a fuerza de justificarlo, había terminado por colgarle a cada agresión la etiqueta de normal. Ella encajaba los